

Imprimir

La irrupción de Alexandria Ocasio-Cortez forma parte de un cambio de paradigma protagonizado por candidatas cuya trayectoria empezó en las calles

El pasado 8 de noviembre se celebraron las elecciones *midterm* en Estados Unidos, calificadas por expertos y periodistas como las más extrañas de los últimos años. Por una parte, el recuento de votos a nivel nacional ha resultado interminable y, por otra, lo ajustado del resultado impide trazar un itinerario claro con respecto a lo que vendrá.

Ese a que no se caracteriza por ser uno de los estados llamados a cambiar las tornas, el resultado de Nueva York puede leerse con atención por varias razones. En las tres últimas elecciones generales, el partido Republicano, encabezado por Donald Trump para los comicios de 2016 y 2020, no superó el 37,7% de los votos, aunque entre 2012 y 2020 aumentó su respaldo un 2,5%. Justo lo que han ido perdiendo los demócratas, liderados por Barack Obama y Joe Biden.

A pie de urna, las encuestas mostraron una ciudadanía preocupada por la inflación y las derivas de la economía, el precio de la vivienda, el derecho al aborto, el acceso a la sanidad universal y el aumento de la delincuencia. La seguridad ciudadana fue el mantra preferido de los conservadores en tanto que actúa visceralmente como mecanismo de control. El candidato republicano a gobernador, Lee Zeldin, derrotado por casi seis puntos por su contrincante, la demócrata Kathy Hochul, promovía en octubre la declaración de un estado de alarma inminente contra la delincuencia si resultaba elegido. Ese mismo mes, Hochul, que había ocupado el cargo tras la dimisión de Andrew M. Cuomo y que tras el 8 de noviembre se ha convertido en la primera mujer elegida como gobernadora, anunciaba un paquete de 28 millones de dólares para el control de armas de fuego y la prevención de la violencia en siete ciudades del estado.

Porque lo cierto es que desde 2019 las agresiones con resultado de muerte han aumentado más de un 30% en la ciudad, y los delitos menores se han incrementado en un 24%. La epidemia de fentanilo, que atraviesa el país a ritmo creciente, arrastra a la destrucción y a la muerte por sobredosis a miles de personas cada año.

Mientras tanto, la ciudad sigue siendo una mole inmensa que no deja indiferente. Los rayos de sol se

velan por las escuálidas ranuras entre los rascacielos de Manhattan. Los que sobreviven sin hogar se protegen del frío recostados sobre las alcantarillas de las que emergen cálidas nubes de vapor. Las sirenas de policía, los cláxones y las luces de neón solo menguan cuando el ritmo frenético se diluye en las calles de casas bajas de los barrios más apacibles. La vida cultural se renueva con avidez y vota como tabla de salvación en medio de tanta locura. Pero en Nueva York también anidan movimientos políticos que alimentan la esperanza. Acciones y nombres a los que conviene mirar con lupa para hacerlos distinguibles entre el ruido y el caos.

El día anterior a los comicios, la periodista Liza Featherstone publicaba en *Jacobin Magazine* un artículo titulado “Girlboss Politics Won’t Beat the Right” (“La política de las Jefas no derrotará a la derecha”), en el que analizaba uno de los actos finales de la campaña de Kathy Hochul. El texto de Featherstone funcionaba como una crítica conveniente y constructiva en tanto que invitaba a revisar el enfoque elitista de un discurso alejado de los avatares cotidianos de la gente. Y también como una reflexión respecto al papel del feminismo y del liderazgo detentado por mujeres. Un análisis que me permitió continuar fuera del espacio donde surgió, extendiendo las disyuntivas sobre el posicionamiento político y las tensiones con otras protagonistas del panorama actual.

Al acto en cuestión acudieron Hillary Clinton y Kamala Harris en apoyo a Kathy Hochul. Featherstone cuestionaba acertadamente todo lo relacionado con la campaña. En primer lugar, la ausencia de un programa electoral contundente con medidas para proteger a los sectores más vulnerabilizados de la ciudad; y en segundo, las fórmulas vacías con que se dirigieron a los asistentes. Más allá de eso, es indiscutible que se trata de tres figuras políticas con perfiles que podríamos calificar de tradicionales, forjadas en una época reciente que se caracterizó por preceptos caducos de los que no estamos precisamente orgullosas. Sin embargo, el mapa de las candidaturas demócratas en los distritos de Nueva York demuestra una eclosión de mujeres de distinta procedencia y con otras formas de hacer. Algunas involucradas en la política de partidos, otras provenientes del activismo de base y de nuevas organizaciones progresistas. La irrupción en 2018 de una figura como Alexandria Ocasio-Cortez no es un hecho aislado, sino que forma parte de un incipiente cambio de paradigma, protagonizado por mujeres cuyas trayectorias políticas empezaron en las calles. Mujeres cuyas condiciones de vida y herencia histórico-social colocan en una perspectiva

completamente distinta a la de Clinton, Harris o Hochul a la hora de formular sus enunciados.

Crittany Ramos de Barros, afrolatina y excombatiente de la guerra de Afganistán, vecina de Staten Island y candidata en las primarias demócratas al Congreso, se ha convertido en una voz ingobernable que cuestiona el vínculo entre los ingentes presupuestos bélicos del país y el empobrecimiento de sus gentes. Su discurso desafía las lógicas de la industria militar en relación con los cacareados ideales de democracia que las cruzadas norteamericanas han pretendido encarnar, sin que sus gobernantes hayan sido capaces de sacar adelante un proyecto de país que respete los derechos elementales. Ramos de Barros ha vivido la exclusión y el racismo en su propia piel, tiene garra al hablar y tirón frente a la gente. Su testimonio sobre Afganistán deviene en un desenmascaramiento del engaño nacional, del uso del racismo para la invención de enemigos históricos que se han instrumentalizado para alimentar el monstruo de la guerra.

Otra joven política, Sandy Nurse, concejala en el Ayuntamiento por el Distrito 37 desde enero de 2022, no se presenta tras un estrado con las manos descansando sobre un trozo de papel. Nurse es de las que está en la calle. Repartía comida en los peores momentos de la pandemia, lleva tiempo peleando para frenar los desahucios y la brutalidad policial contra la comunidad afrodescendiente. Su trayectoria laboral ha estado marcada por la precariedad. Ha sido *rider*, conserje y carpintera, pero también, antes de entrar profesionalmente en la política, ha participado en la creación de dos proyectos empresariales de economía social para emplear a personas migrantes y racializadas.

Un tercer nombre relevante en la política neoyorquina actual es el de la senadora Jessica Ramos, representante del Distrito 13 y presidenta del Comité Laboral del Senado. Desde 2019 ha trabajado para lograr mejoras concretas que impacten en la economía de la población más desfavorecida a causa de la deriva neoliberal. Hija de inmigrantes colombianos, su madre cruzó la frontera mexicana a los veinticuatro años y su padre fue encerrado en un centro de detención de extranjeros durante los años 80, tras una redada racista. Ramos se inició en el activismo muy joven, y el aprendizaje de su trayectoria es una ventaja a la hora de proseguir con el ejercicio político. En apenas tres años, ha conseguido un hito histórico en cuanto a derechos básicos para los trabajadores agrícolas, ha mejorado la legislación contra la pobreza infantil y ha asegurado un fondo para trabajadores que fueron

excluidos de las ayudas económicas relacionadas con la pandemia. El 16 de noviembre presentó una propuesta de ley para aumentar el salario mínimo en el estado, que pasaría de forma escalonada de 15 a 21,45 dólares/hora en 2025. La medida beneficiaría a dos millones de trabajadores precarios en Nueva York, un 55% de los cuáles son mujeres. Y sentaría un precedente para futuros ajustes sobre el coste de la vida, que se producirían de manera automática.

Se trata de tres mujeres que ejemplifican una mutación política más amplia. La presencia de candidatas de procedencia migrante en el escenario político norteamericano actual no podría resumirse en un artículo. Lo que considero significativo es cómo se relacionan estas mujeres, cuyos orígenes personales y políticos están basados en la vivencia del racismo estructural, la exclusión, la lucha callejera y el activismo, con sus colegas del otro lado. Esas que, todavía hoy, no abandonan su lugar de privilegio. Clinton, Harris, Hochul y quienes se identifican con ellas. O mejor, si lanzamos la pregunta hacia ese otro lado: ¿de qué modo están dispuestas a compartir los espacios de poder las que lo detentan, sabiendo que esa oleada fracturará necesariamente los cimientos sobre los que descansan sus ostensibles comodidades? ¿Estarán dispuestas a hacerlo en virtud de la terminología del bien común que emplean en sus propios discursos? ¿Lo harán por la ecología? ¿Por la infancia? ¿Se apartarán a un lado para dejar paso a mujeres mejor preparadas que ellas ante ciertas contiendas de nuestro tiempo en nombre del feminismo? Me temo que no.

Quienes apoyan a Kathy Hochul, y ella misma, cantan sus logros en clave feminista. Alaban su capacidad de diálogo y la aprobación de ciertas medidas económicas de talante social, ciertamente pocas en comparación con el poder económico que ostenta en su cargo. En el mes de mayo, después de que Brian Benjamin, el candidato a vicegobernador que la acompañaba, tuviera que abandonar por un caso de corrupción, Hochul nombró como sucesor al afroamericano con raíces latinas Antonio Delgado, una apuesta inesperada y secretista, en palabras de otra de esas políticas que vale la pena conocer, la colombiana Ana María Archila, candidata también a vicegobernadora junto a uno de los contrincantes demócratas de Hochul, el abogado y activista afroamericano Jumaane Williams.

Archila es lesbiana y defensora de los derechos de la comunidad LGBTQ, las mujeres, la infancia y las personas migrantes. Su propuesta radica en combatir, desde el interior de las estructuras de gobierno,

esquilme de los recursos económicos con que cuenta Nueva York. Un estado cuya economía debería estar, y basta, para que ninguna persona se vea sometida a la feroz e irremediable exclusión que no le permite crecer. Sin ser la única, encarna el necesario enfrentamiento contra la industria del ladrillo que se adapta a sus anchas en Nueva York. El problema de Archila con su nuevo competidor de partido, Antonio Delgado, era simple. Hochul lo introdujo en la carrera electoral para disputar un espacio que, de otro modo, podría haber sido ocupado por una voz procedente del activismo de base. Una voz como la de ella, que acabara incomodando a las fuentes principales de financiación del Partido Demócrata.

En una comparecencia de finales de mayo, Archila recogía públicamente nuevos apoyos políticos desde la izquierda y reflexionaba sobre la ausencia de Antonio Delgado en los foros comunitarios a los que ella se acerca diariamente. También declaró que la entrada de Delgado en la carrera electoral, precipitada y contraria a las prácticas del partido, evidenciaba el intento de derrotarla, de impedir que una persona con voluntad de enfrentarse al sector inmobiliario y financiero pueda rozar los sillones donde se asientan las viejas posaderas del poder.

Algo similar acontece en todas partes. Hay una parte de nuestro futuro que se define en estas decisiones. Como apunta con su extraordinaria y lúcida mirada María Galindo, es necesario despatriarcalizarlo todo, empezando por el poder. En mi opinión, esto significa reconocer la persistencia de estructuras patriarcales en los procesos y trabajos que llevamos a cabo aunque llevamos mujeres. Implica dedicar más tiempo a transparentar esas fisuras y a indagar hasta qué punto es posible establecer alianzas entre los dos lados. En cuestionar, tomando las palabras de Audre Lorde, si es posible desmontar la casa del amo con las herramientas del amo, y en decidir si concluimos de una vez que no es posible, qué hacemos para empezar un proceso de apropiación verdadera que no bloquee la vida, no ya en el centro que nunca ocupó, sino en el puesto de mando.

Antes se solía emplear para estos casos la palabra revolución, pero, desde luego, nunca se revolucionó lo bastante. Quizás porque no fuimos nosotras las que pensamos e hicimos esas revoluciones. Quizás porque antes de poner la primera piedra de ese nuevo mundo posible, regresando a María Galindo, nos toca destruir la intrincada presencia del pensamiento y la metodología patriarcal.

Vivi Alfonsin

Foto tomada de:

<https://ctxt.es/es/20221101/Firmas/41361/nueva-york-jessica-ramos-brittany-ramos-sandy-nurse.htm#md=modulo-portada-bloque:4col-t2;mm=mobile-big>